

# EDITORIAL



LA Ciudad Universitaria—reconstruída por el celo y la fe del Caudillo—ha abierto sus puertas al estudio y al trabajo de una disciplinada y fervorosa juventud.

En la fecha conmemorativa de la Hispanidad, Franco ha querido que las líneas de una nueva arquitectura respondan, en el plano físico, al nuevo estilo que la Ley de Ordenación Universitaria había inaugurado para la Universidad española en el ámbito de lo espiritual.

Una doble empresa se ha realizado así paralelamente: No sólo se ha dado un sentido inédito y distinto a la vieja Universidad, sino que hasta a sus piedras se ha querido llevar ese hálito de juvenil remozamiento.

En una fase esperanzadora ha entrado nuestra vida universitaria.

La empresa espiritual de España tiene ya cauce por donde fluir. Este lo suministra, mejor que nada, la Universidad.

Todo afán de renovación histórica tiene siempre una se-

creta concomitancia con el mundo de lo universitario. Se piensa que la Universidad presta al hombre una visión intelectualizada de su Patria. No sienten la Historia de ésta, en efecto, lo mismo el campesino que el Licenciado. Lo que para aquél es un puro agnosticismo, tiene para éste una significación trascendente. El primero, forma de la vida que le rodea una concepción fenoménica y relativa. La Patria es lo que ven sus ojos—acostumbrados a no deslindar inéditos horizontes—; la tierra que pisan sus pies; el confín estrecho en el que resume su sedentarismo de hombre adscrito, inevitablemente, a la tiranía—g'loriosa y cruel—de la gleba.

Dar a este hombre una impronta política es tarea elemental. Mas los que han realizado esta misión entre nosotros, no lo han hecho casi nunca con limpia finalidad. De la Universidad—o de su contorno—vinieron casi siempre los que pretendían sacudir ese mundo arremansado y bucólico de la aldea española. Ellos no eran agnósticos. Habían intelectualizado la Historia y pretendían darla en cada caso un rumbo distinto con fórmulas salvadoras que aireaban como tremolantes banderas, por los campos de España, ante el asombro atónito de la multitud.

La Universidad así, no se ocupó de conocer a España. Quiso definirla. Y, sin comprenderla, la dirigió con la audacia de un marinero rebelde que arrebatase las cartas de ruta a su capitán. Los nombres de aquellos que desde la Universidad pasaron a proclamar en las columnas de los periódicos, en las tribunas parlamentarias, el "finis Hispaniae", como solemne profecía irrefutable, confirman la justicia de nuestra afirmación.

Aquellos hombres habían formado a su estilo, y conforme a su ideología, a toda la serie de generaciones que España ciegamente les confiara.

Pero aquéllos no eran la Universidad. La Universidad es esta realidad actual y viva de hoy.

Aquí, en este paisaje heroico de lo que fué "frente de Madrid", se alza ya una Universidad, que si es nueva en sus piedras, proclama a voces su voluntad de serlo, ante todo, de espíritu.

De ahora en adelante, ya no saldrán de sus aulas más que hombres que hayan aprendido para siempre la suprema lección de que la ciencia es nada cuando no lleva a la Verdad y al Bien.